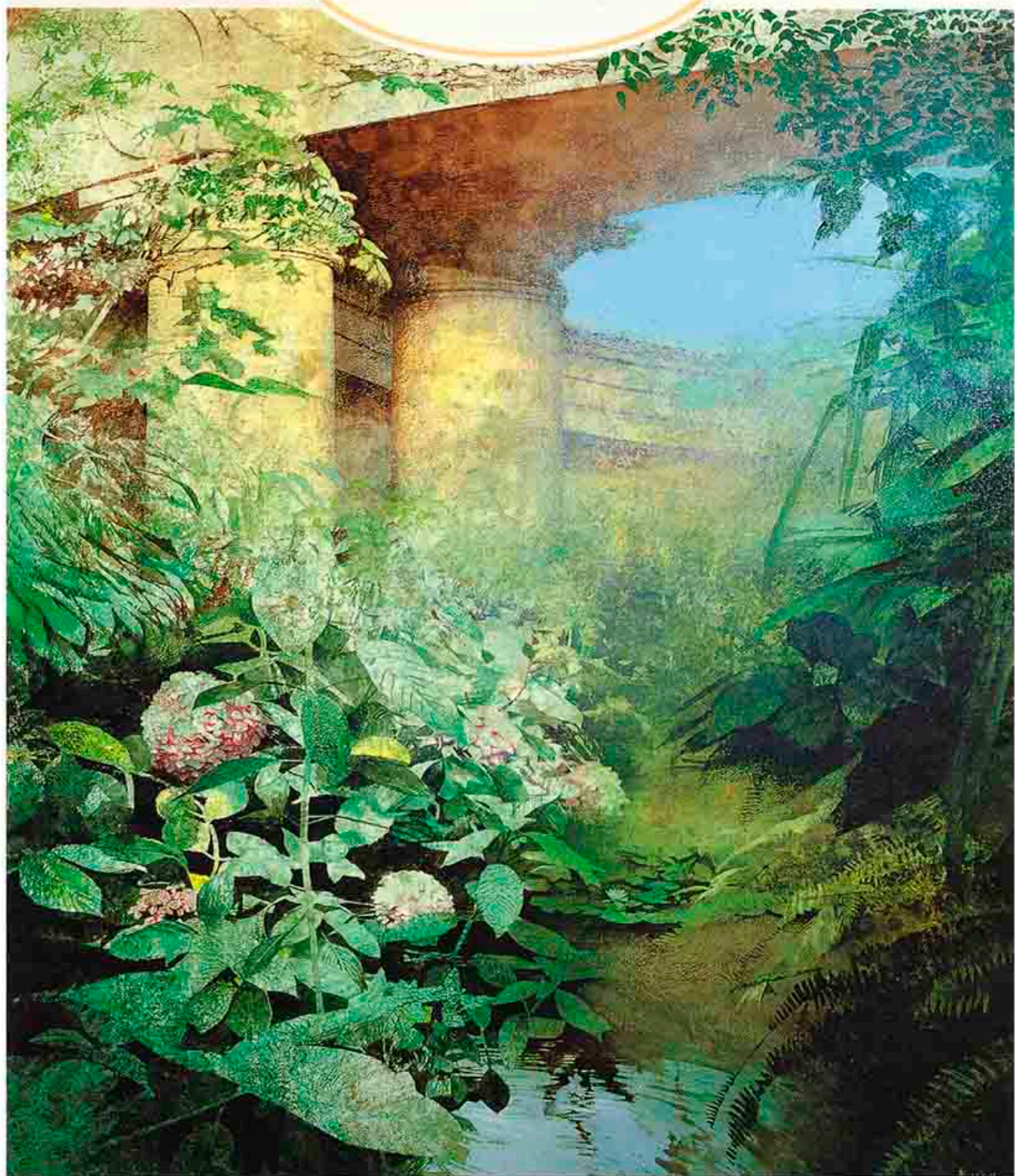


# Album

LETRAS-ARTES





## ANGEL BUSCA

¿Q

ué busca en realidad este ángel desplazándose en tan difícil equilibrio por las cornisas de estos hermosos edificios decimonónicos?

¿La razón de su funambulesco quehacer es acceder al firmamento o simplemente es un saltimbanqui que busca su sustento? ¿Hay un alma velada, una pupila guardada, tras los visillos de esas altas ventanas? ¿O acaso lo que se oculta tras las desvencijadas persianas no es otra cosa que abandonados y vacíos desvanes, es decir ausencia...?

Minuciosa y precisamente dibujados estos balcones de piedra, que en un principio fueron cofas desde las que otear el mundo, parecen ser ahora el umbral de algún misterioso y recatado lugar; pórtico de un íntimo y casi imposible lugar donde el artista parece intentar encontrar un refugio en el que defenderse de la continua afrenta con la que, este mismo mundo, lacera nuestra sensibilidad.

Y esa tensión azoga la aparente calma. Los cristales de las altas ventanas dejan de traslucir el mundo y se trocan en espejos que reflejan el



cielo; un cielo que es en realidad una ilusión, gasa azulada tramada por la luz para vestir a lo inconmensurable, al infinito.

Poco importa que Angel Busca sea un trovador intentando escalar el balcón en el que mora la niña de sus visiones, o que, por el contrario, su obra sea en realidad el autorretrato velado de su propia subjetividad. Lo que para nosotros es importante es que, sea como sea, el pintor madrileño parece estar empeñado en volar con sus aleros de piedra.

Sus áticos neoclásicos, sustentados por la piedra, erigidos sobre ella, parecen estar suspendidos, colgados del cielo.

Caminando en difícil equilibrio por esas alturas Angel Busca sabe dar al frío clasicismo de las arquitecturas que pinta un trémulo lirismo que las hace ensoñaciones pese a su extremo realismo.

Las tonalidades suaves que evocan lo otoñal, que sugieren el irremediable paso del tiempo - herrumbre de las verjas, decrepitud de la piedra, abandono aparente de los objetos-, alternan con zonas bañadas por una luz intensa que sugiere lo intemporal. Y este contraste, como aquel que se produce entre las imágenes, de un realismo

casi fotográfico, y los espacios en los que éstas se inscriben, crean una atmósfera romántica y ligeramente inquietante.

Y luego, por supuesto, está la extraña sensación que estos lienzos provocan en el espectador. Por un lado éste se halla situado a la altura de lugares que normalmente le son inaccesibles, al menos desde una perspectiva tan cercana y frontal, y por otro, y paradójicamente al mismo tiempo, le parece estar ubicado de espaldas a aquello que, en definitiva, constituye el objeto de toda representación, es decir el mundo, puesto que se halla frente a esos balcones de inmuebles burgueses que, en las postrimerías del siglo pasado y primeras décadas de este siglo, fueron concebidos precisamente como atalayas desde las que contemplar y dominar el mundo.

Acentúa aún más esta extraña sensación la ausencia de vida, el aparente abandono de estos lugares. Y sólo alguna diminuta y frágil planta creciendo junto a la piedra mitigan este desasosiego que, como esos dragones que suelen vivir en las profundidades de los calmos lagos, parece constituir la urdimbre de esa plácida realidad pintada por este ángel retejador.

